

MEDICINA & HISTORIA

Nº 2
2010
CUARTA ÉPOCA

REVISTA DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS
CIENCIAS MÉDICAS
Publicación trimestral
Fundada en 1964

Fundación Uriach 1838
Centro de Documentación
de Historia de la Medicina

Polígono Industrial
Riera de Caldes
Avda. Camí Reial 51-57
08184 Palau-solità i
Plegamans
(Barcelona-España)
www.fu1838.org
fundación-historia@uriach.com

Director:
Dr. Juan Uriach Marsal

Secretario de Redacción:
Dr. José Danón Bretós

Soporte Válido con la
Ref. SVR nº 479
Dep. legal: B.27541-1963
ISSN: 0300-8169

© de la edición.
Fundación Uriach 1838
Reservados todos los
derechos.
El contenido de la presente
publicación no puede ser
reproducido, ni transmitido
por ningún procedimiento
electrónico o mecánico,
grabación magnética, ni
registrado por ningún
sistema de recuperación de
información, en ninguna
forma, ni por algún medio,
sin la previa autorización
por escrito del titular de los
derechos de explotación de
la misma.

MEDICINA & HISTORIA



UNA MEDITATIO MORTIS CONTEMPORÁNEA. LA REFLEXIÓN DE DINO BUZZATI SOBRE LA CADUCIDAD DE LA VIDA HUMANA

Luis Montiel

Universidad Complutense

Introducción: *ultima neecat*

En una época caracterizada por la negación de la muerte la literatura de Dino Buzzati (1906–1972) representa una excepción. En muchos de sus relatos se aborda el tema de la caducidad de la vida humana, pero también el de su negación y las consecuencias desfavorables que esta negación tiene para la existencia individual y colectiva. Este artículo pretende reflexionar sobre varios textos de Buzzati organizándolos en torno a una idea central: la de que constituyen una reflexión sobre la mortalidad humana; una reflexión necesaria, dada su ausencia durante un largo período —precisamente la época en la que Buzzati escribió— del panorama social, y a la altura de los tiempos en que vivimos, en los que el tema ha comenzado a ser objeto de interés aunque no siempre, a mi parecer, de la mejor manera. En nombre de esta consideración personal intentaré no limitar el alcance de esa reflexión a su utilidad para la formación de quienes se dediquen o piensen dedicarse al cuidado de sus semejantes enfermos, objetivo que, por razones profesionales, también persigo; pero incluso en esta perspectiva mi intención es que se contemple la lectura de obras literarias de semejante valor no como utensilio para la capacitación de técnicos competentes, sino como parte esencial de su formación como seres humanos. Y esa formación siempre será incompleta si olvidamos la enseñanza de al-

gunos viejos relojes cuando, refiriéndose a las horas que marcaban sus manecillas, advertían: *ultima neecat*, la última mata.

Un testimonio personal y un apunte metodológico

Mi amor por la literatura precede en mucho tiempo a mi afortunada decisión de utilizarla como medio pedagógico en la formación de los médicos y otros profesionales de la salud. Y creo poder asegurar que este amor comenzó con el abrupto e intempestivo descubrimiento de algunos relatos de Dino Buzzati. Me explicaré: tendría yo unos trece o catorce años —lo que significa que hablamos de mediados de los sesenta— cuando un primo mío me regaló un libro que había comprado por error, creyendo que se trataba de una novela de aventuras. Se trataba de una edición española de *I sette messaggeri* (*Los siete mensajeros*). Yo mismo no había leído hasta entonces más que novelas de aventuras —Emilio Salgari, Alexandre Dumas...—, y la lectura de los relatos de Buzzati me impactó como un puñetazo. Yo no sabía aún qué significaba “aquello”, pero presentía que “aquello” era importante, decisivo. Hoy sé que había descubierto la verdadera literatura, aunque tardé algún tiempo en darme cuenta de ello. Desde entonces mi fidelidad a Buzzati ha sido absoluta, y creo poder alardear de haber sido uno de los pocos que seguían su pista y compraban los libros de su autoría que

iban apareciendo traducidos en una época en la que no se le valoraba en exceso, a diferencia de lo que hoy sucede, pues, afortunadamente, se ha convertido en un escritor de culto entre nosotros. A título anecdótico señalaré lo que me ocurrió en 1986 en Senigallia, en el marco de un *Workshop* sobre Humanidades médicas al que aporté un trabajo sobre el que ya era mi campo más propio, “Medicina y literatura”¹. En el curso de una de las comidas de trabajo charlé con un hombre joven que se interesó por mi tema, preguntándome si alguna vez había trabajado sobre algún escritor italiano. Le contesté que en mis clases utilizaba varios relatos de Dino Buzzati, lo que le produjo una enorme alegría. Me dijo que él mismo trabajaba en el *Corriere della sera*, periódico en el que Buzzati comenzó su andadura y en el que siguió publicando hasta el final, y que le admiraba como creador literario, pero que muchos de sus compañeros le consideraban “un escritor provinciano”. Yo protesté airadamente, asegurándole que para mí era más bien un escritor universal, y que cuanto decía en sus relatos podía servir en cualquier contexto, al menos en el mundo occidental. Resulta evidente que al menos hoy Buzzati recibe el respeto y la consideración que a mi juicio, y a juicio de aquel joven, merece; si menciono esa anécdota es para presentarme ante todos aquellos que sienten por nuestro autor un respeto y un afecto especiales.

En cuanto a mis pretensiones algo he menciona-

do ya. Profesor en una Facultad de Medicina, impartí entre otras materias la parte correspondiente a “Medicina y literatura” de lo que, siguiendo el modelo americano, se denomina *Medical humanities*²; aunque mi dependencia de ese modelo es mínima, pues no concibo mi trabajo como una mera prope-
pedéutica a la clínica regida por una explícita voluntad pragmática. Creo, desde luego, que el análisis de textos literarios suministra al médico información concreta muy valiosa para mejorar su trato con el paciente, pero creo sobre todo que mi trabajo no debe limitarse a esto, es decir, a entregar al médico una especie de caja de herramientas. Más bien pienso que la lectura atenta y reflexiva de una literatura como la de Buzzati, o la de Thomas Mann y otros autores de similar nivel, puede formar, en el más amplio sentido del término, la personalidad de ese ser

¹ L. MONTIEL, “Pazzia, moralità e creatività artistica. La riconquista dell'irrazionale nella letteratura”, en O. GALEAZZI, *Healing. Storia e strategie del guarire*, Firenze, Leo Olschki, 1993, pp. 43–63.

² Puede encontrarse un censo de mi producción escrita en este campo en la bibliografía de mi libro: *Alquimia del dolor. Estudios sobre medicina y literatura* (libro electrónico), Editorial Complutense (2009).

humano, mujer u hombre, que ha decidido hacer su vida como médico –o como enfermero, psicoterapeuta, trabajador social, etc.–. Incluso podría decir que huyo de lo inmediatamente práctico para buscar, en compañía de mis estudiantes, lo que sólo se revela como valioso para la práctica asistencial después de un rodeo, a veces largo, atravesando regiones que pertenecen a la filosofía, a la religión, a la economía o a la política. Por esa misma razón, así como por el respeto hacia quienes son mucho más grandes que yo, en mis clases cedo la palabra a esos maestros, a menudo muertos, y en mis escritos los cito, transcribiendo sus palabras, que deben, a causa de su belleza y precisión, obrar como un conjuro sobre mis oyentes y lectores. Como el sacerdote de un humilde culto cismundano dejo que mis dioses hablen a través de mí. En el presente trabajo seré fiel a esta práctica, por lo que el buen lector, y no digamos el estudioso de Buzzati, encontrará textos bien conocidos que espero podrá disfrutar como la primera vez. Al fin y al cabo, en este caso están al servicio de un propósito que tal vez tenga alguna utilidad. Este propósito no es otro que el que, a mi entender, guió al escritor al escribir los relatos a los que me referiré: llamar la atención a sus contemporáneos acerca del olvido en que pensaba que estaban cayendo algunas cuestiones esenciales para que la existencia humana merezca plenamente este nombre. En es-

te caso, las que conciernen a la radical finitud del ser humano, la enfermedad y, sobre todo, la muerte. Sólo recientemente se ha comenzado a informar a los estudiantes de medicina, y a los médicos en ejercicio, acerca de un asunto que parecía no tener que ver con su práctica profesional: la atención a los moribundos; y, desde mi punto de vista, esto se ha hecho y se hace de manera extraordinariamente simplista, puramente técnica. En la pequeña parte que me toca, prefiero hacerlo de otro modo –el que ahora mostraré–, lo cual, por otra parte, me permite aspirar a algo más que formar médicos, pues mi propuesta de lectura –y mi lectura– de Buzzati, buena o mala³, me parece más próxima a la que él mismo habría deseado para su obra. Pero basta, pues no quisiera que esta somera aclaración previa se convierta en un intento de justificación. Terminaré, pues, anunciando que, en una época en la que, según los expertos, la propia condición mortal parece haber sido negada, dando origen así a una “*mort interdite*”⁴, Dino Buzzati propone algo intempestivo, para muchos obsceno: una *meditatio mortis* contemporánea.

In media vita in morte sumus

Sin ceder en nada a otros relatos en lo que a calidad literaria y contenido filosófico se refiere, *Siete plantas*⁵ contiene tanta información sobre aspectos concretos de la actitud de los seres humanos ante la en-

fermedad y la muerte, así como sobre ciertas maneras, nada recomendables, de practicar la medicina en el marco de una institución cerrada, que constituye un excelente material pedagógico. Lo he empleado con frecuencia con resultados notables. En las siguientes páginas intentaré rendir tributo a Buzzati mostrando cómo, con la mayor concisión, consigue decir tantas cosas aleccionadoras en tan reducido espacio. Sin duda se trata de un decantado de experiencias propias y ajenas que nos muestra otra de las ventajas del análisis de textos literarios con los fines propuestos: la de resumir en menos de un cuarto de hora un aprendizaje que en la realidad suele ser muy largo y a menudo doloroso. Bien es verdad que ese cuarto de hora de texto –repito: si a quince minutos llega su lectura– suscita en el lector reflexiones, todo un proceso de maduración, de duración y alcance imprevisibles.

Resumiré el argumento. Giuseppe Corte llega a un famoso sanatorio para hacerse tratar una enfermedad incipiente, que apenas le produce alguna molestia. Con ocasión de su ingreso se le informa de la singular logística de la institución: los enfermos más leves, como él, tienen reservada la séptima planta, mientras que en las inferiores moran aquellos otros cuya gravedad es progresivamente mayor, hasta llegar a la primera donde sólo habitan los más graves y los moribundos. A través de una serie de presuntos errores, que parecen no ser

sino mentiras piosas, o tal vez simplemente interesadas, el protagonista descenderá los siete pisos hasta verse, espiritualmente inerte, frente a la expectativa de su muerte inminente en la primera planta; una muerte que, dado el estado físico que parece tener, da la impresión de ser más el cumplimiento de un decreto que el resultado de la paulatina aniquilación de su organismo⁶. Dejando, por el momento, al margen el simbolismo del relato, al que luego me referiré, en un primer nivel de lectura pretendidamente realista la estrategia que impera en el sanatorio obedece a un propósito:

Esto garantizaba una excepcional capacidad de los médicos y la más racional y eficaz organización de las instalaciones (...) Este singular sistema (...) impedía que

³ A la vista de la declaración precedente parece innecesario advertir que se trata de una lectura en cierta medida “ingenua”, que no recurrirá a la abundante bibliografía dedicada a la obra buzzatiana.

⁴ Ph. ARIÈS, *Essais sur l'histoire de la mort en occident du moyen âge à nos jours*, Paris, Seuil, 1975, p. 17.

⁵ D. BUZZATI, “Siete pisos”, en: *Sesenta relatos*. Barcelona, Acantilado, 2006, p. 33–52.

⁶ Debido a aquel execrable error, llegó así a la última estación. Él en la sección de los moribundos, cuando en el fondo, por la gravedad de su enfermedad, a juicio incluso de los médicos más severos, tenía el derecho a ser asignado al sexto, o al séptimo piso! *Ibid.* p. 51.



Portada con ilustración de D. Buzzati

un enfermo leve pudiera verse turbado por la proximidad de un colega agonizante y garantizaba un ambiente homogéneo en cada piso. Por otra parte, el tratamiento podía graduarse así de una forma perfecta. De ello se derivaba que los enfermos estuviesen divididos en siete castas progresivas⁷.

La palabra clave en este primer fragmento es, sin duda, “racional”; pues “racionalidad” ha llegado a ser un vocablo-fetichismo omnipresente en el discurso productivista, que no en vano va ligado en el texto de Buzzati a las nociones de eficacia organizativa y eficiencia de los profesionales y recursos. Uno

de los objetivos “racionales” buscado por los inventores del sistema, laudable sin duda desde el punto de vista de posibles repercusiones psicosomáticas en el estado de salud⁸ de los menos graves, es la evitación del contacto con los moribundos, lo que implica la evaporación de una ocasión, probablemente inoportuna, para la *meditatio mortis*. Una vez más, siguiendo el dictado de Ariès, nuestra cultura procede a entronizar la negación de la muerte. Expresado así, mi punto de vista –que creo idéntico al de Buzzati– podría parecer criptorreligioso – pues ni él ni yo traemos

a colación la religión–, y despedir un desagradable tuflillo medieval. Nada más lejos de la realidad, pues lo que importa en este punto de partida es lo mismo que va a seguir observándose a lo largo de todo el relato: la mentira es la regla de oro para el correcto funcionamiento de la institución. Ni una sola vez se dirá la verdad –ni tan siquiera medias verdades– a Giuseppe Corte en el curso de su estancia en el sanatorio, siempre en nombre de la supuesta imposibilidad de soportar la idea de que se ha de morir. Pero también en este primer fragmento el escritor apunta su opinión acerca de las consecuencias de este modo de proceder: con él sólo se consigue dividir a los enfermos en “castas”, con todo lo que esto implica de atomización social y debilitamiento, e incluso desaparición, de vínculos antropológicos a menudo muy profundos. Es el caso de uno de los vecinos de Corte, que de tanto en tanto mira desde su ventana a otra que se encuentra más abajo, tras de la cual se somete a un tratamiento más agresivo su invisible hermano, y el del propio Corte, que no puede evitar que su mirada se abisme, con curiosidad morbosa, en las persianas bajadas de las habitaciones de la planta baja.

La séptima planta, aquella en la que, de momento, se encuentra Giuseppe Corte, es, desde este punto de vista, particularmente interesante, pues nos muestra algo que no es en modo alguno simbólico, sino absolutamente real, como

es el hecho de que la sola existencia del hospital, inevitable sin duda, e incluso deseable desde un punto de vista estrictamente médico, desencadena sin proponérselo el proceso de constitución de estas castas basadas en el nivel de salud, al marcar con una etiqueta invisible, pero de indiscutible eficacia, al ser humano que en él ingresa: *En el séptimo piso, puerto de llegada, en cierto modo todavía se estaba en contacto con el mundo de los hombres; es más: dicho piso podía considerarse casi una prolongación del mundo normal. Pero en el sexto se entraba ya en el verdadero cuerpo del hospital*⁹.

La última frase, redactada con la evidente intención de hacer de la institución una suerte de Leviatán, refrenda la idea de que, a poco que uno tenga mala suerte, está a punto de abandonar “el mun-

⁷ *Ibid.* pp. 33–34.

⁸ Buzzati no niega la correlación psicosomática, como puede verse en otro punto del relato: “Todo esto contribuía naturalmente a desanimarle. La escasa serenidad parecía favorecer la enfermedad, la fiebre tendía a subir, la debilidad general se volvía más profunda”. *Ibid.*, pp. 49. Simplemente critica los errores que pueden cometerse en su nombre; exactamente lo mismo que ocurre con la racionalidad, pues pese al ropaje surrealista de algunos de sus relatos apenas hay en ellos un adarme de irracionalismo.

⁹ *Ibid.*, pp. 38–39.



Dino Buzzati

do de los hombres” del que se habla en la primera. No sólo se ingresa en un inesperado sistema de castas, sino que se corre el riesgo de “deshumanizarse”, si consideramos que ese “mundo de los hombres” del que se habla es exclusivamente el del juego social; lo que, por otra parte, parece ser la idea de Buzzati en ésta su perspectiva crítica. Para este modo de ver la realidad la enferme-

dad no constituiría una posibilidad, incluso una certeza, de la existencia humana, sino lo negativo por antonomasia, hasta el punto de hacer de quien la padece un excluido de la sociedad. Se le va a atender, desde luego, y seguramente con encomiable dedicación; pero desde luego es “otro”, e inferior; aunque pertenezca a la casta de la séptima planta. Cierto es que esto no su-

cede por obra de una supuesta mala voluntad de los médicos y, en general, de los sanos. Verdaderamente el de la enfermedad es un desafío temible, ante el cual la actitud humana más espontánea apenas puede ser otra que la representada en la frase “pase de mí este cáliz”. Un desafío ante el cual el propio enfermo puede volver la espalda al “mundo de los hombres”, lo que sólo

para algunos representa la oportunidad para la *meditatio mortis*, mientras que para la gran mayoría opera como lo hace en el caso del protagonista:

*[Ya en el cuarto piso] trataba de convencerse de que seguía perteneciendo a la comunidad de los hombres sanos, de que seguía vinculado al mundo de los negocios, de que se interesaba verdaderamente por los asuntos públicos; pero no lo conseguía. No había vez que no acabaran [el médico y él] hablando de la enfermedad*¹⁰.

Una vez más espero que no se me malinterprete. No censuro en absoluto la actitud de Corte y de la inacabable legión de seres humanos a los que representa, entre los que muy probablemente me contaré yo mismo cuando llegue la ocasión. Lo que pretendo, por el contrario, es mostrar, a partir del ejemplo que representa, lo que a mi juicio no debería hacerse desde el otro lado, ese particular “mundo de los hombres” –de los hombres sanos– en nombre de una razón no tan razonable como ella misma se cree. Pues, ¿dónde está la racionalidad en una frase como la que le endilga el médico de la cuarta planta para justificar su paso a la tercera?

¹⁰ *Ibid.*, p. 45.

[Si se le cura el eczema] nada impedirá que vuelva a subir aquí o incluso más arriba, de acuerdo con sus “méritos”¹¹.

Aunque pronunciada con intención jocosa, la palabra “mérito” introduce en el discurso del médico, que no es otro que el oficial de la institución y, seguramente, el de la sociedad y la cultura que la han creado, un dudosísimo criterio moral, o cuando menos axiológico, que me parece insostenible. Aparece aquí ese viejo enemigo –pues llevo años lidiando con él– al que se conoce como “culpabilización de la víctima”. Pues es claro que si uno hace méritos para curarse, cabe pensar que de alguna manera es demérito suyo estar enfermo y no sanar. Verdaderamente no es poco lo que en el dominio de los valores parece estar dirimiéndose en este modélico hospital. La enfermedad no es nunca de quien la padece, sino de los médicos, o mejor aún, del aparato, de manera que al final el paciente parece no tener más que hacer que resignarse a morir porque alguien así lo ha dispuesto en nombre de un saber y de una ley que para él son, por definición, inalcanzables. No importa tanto saber si desde un punto de vista biológico el protagonista no tiene más remedio que morir. Lo que Buzzati desea mostrar es hasta qué punto se puede morir en la ignorancia y en la desposesión de algo tan propio como son la propia enfermedad y la propia muerte. Pues el hecho es que Corte parece morir solo, confinado en una habi-

tación cuyas persianas vemos descender lentamente, sin llegar a comprender cómo ha podido suceder algo tan monstruoso.

Pero, con ser importante, no es esto lo único que *Siete pisos* ofrece al lector. Como ya anuncié hay al menos un segundo registro de lectura, según el cual el modélico sanatorio sería la metáfora de ese “mundo de los hombres” que se menciona en el relato: una cultura –nuestra cultura– que vive de espaldas a la condición perecedera de quienes la han creado y viven en ella. Una cultura que se apoya en una mentira, presuntamente necesaria, pero que cuando se revela como tal nos deja en el más absoluto desamparo. Las siete plantas del sanatorio, comparables en número a los círculos del infierno descrito por Dante en la *Divina comedia*, no serían otra cosa que una arbitraria, o mejor, simbólica división en etapas de la vida humana, cuyo inevitable destino es la primera planta, la muerte. En esta perspectiva el final de Giuseppe Corte se nos revela como necesario, y su peripecia sanatorial inevitable. Sin abandonar el símil dantesco, Giuseppe debería haber podido leer, a pesar de los dudosos consuelos de la cultura, sobre el dintel de su primera habitación en la séptima planta: *Lasciate ogni speranza voi che intrate*; pues en la vida, más aún que en un supuesto infierno, no cabe esperar otra cosa más que el final, y sólo la conciencia de esa limitación es capaz de conferir una esperanza genuina, no falsa, a los seres humanos.

Hay varios relatos que ilustran los aspectos más negativos de la actitud de rechazo y negación de la propia condición mortal; aspectos que, en general, apuntan a la marginación del que ha de morir, cuando no a la alegría perversa por el hecho de que el muerto sea otro. A este respecto es muy ilustrativo el titulado *De hidrógeno*¹². Los moradores de un edificio de pisos escuchan con alarma el ruido causado por los esfuerzos de unos operarios que arrastran un gran cajón por el suelo del portal, y luego escaleras arriba. Ante la imposibilidad de cerrar los oídos al estruendo los vecinos van saliendo a los descansillos y reconociendo que se trata de la entrega de una bomba atómica, o como precisa una vecina, de una bomba de hidrógeno, popularmente reconocida como aún más destructiva en los años en que Buzzati escribe el cuento. Todos se atemorizan, pues la bomba representa la muerte. A primera vista ésta parecería una metáfora tosca, fallida; pero nada más lejos de la realidad. Por el contrario, a mi parecer es brillantísima, y ello por varios motivos. En primer lugar, porque la figura bajo la que se presenta la muerte está no sólo histórica y culturalmente condicionada, sino además sobredeterminada por los medios de comunicación. Son ellos los que han contribuido en medida máxima a establecer los códigos de la guerra fría cuyo espectro más temible es el llamado holocausto nuclear. En segundo, porque de este modo la

muerte es vista como una agresión, como algo ajeno, que viene de fuera por obra de una mala voluntad. En cierto sentido –un sentido antropocéntrico– toda muerte es un asesinato, pues es connatural al ser humano el deseo de vivir. Pero no es menos cierto que, como siempre se ha dicho con una filosofía ingenua y profunda, “es ley de vida”. Lo que ocurre es que en los últimos tiempos hemos vuelto la espalda a esa ley, y eso hace más intolerable la idea de morir. No morimos: alguien, o algo, nos mata. En este caso, “la drógena”, como, desde su probable analfabetismo, la llama la vecina del protagonista de la historia.

Las respuestas de los otros personajes apuntan todas en esta dirección: el mensaje inesperado es inaceptable por razones nimias, pero que traslucen la existencia de una sola, radical: dejar de vivir es inaceptable:

–¡Es injusto! ¡Me encuentro aquí por casualidad!... ¡Estoy de paso!... ¡No tengo nada que ver!... ¡Pensaba irme mañana!

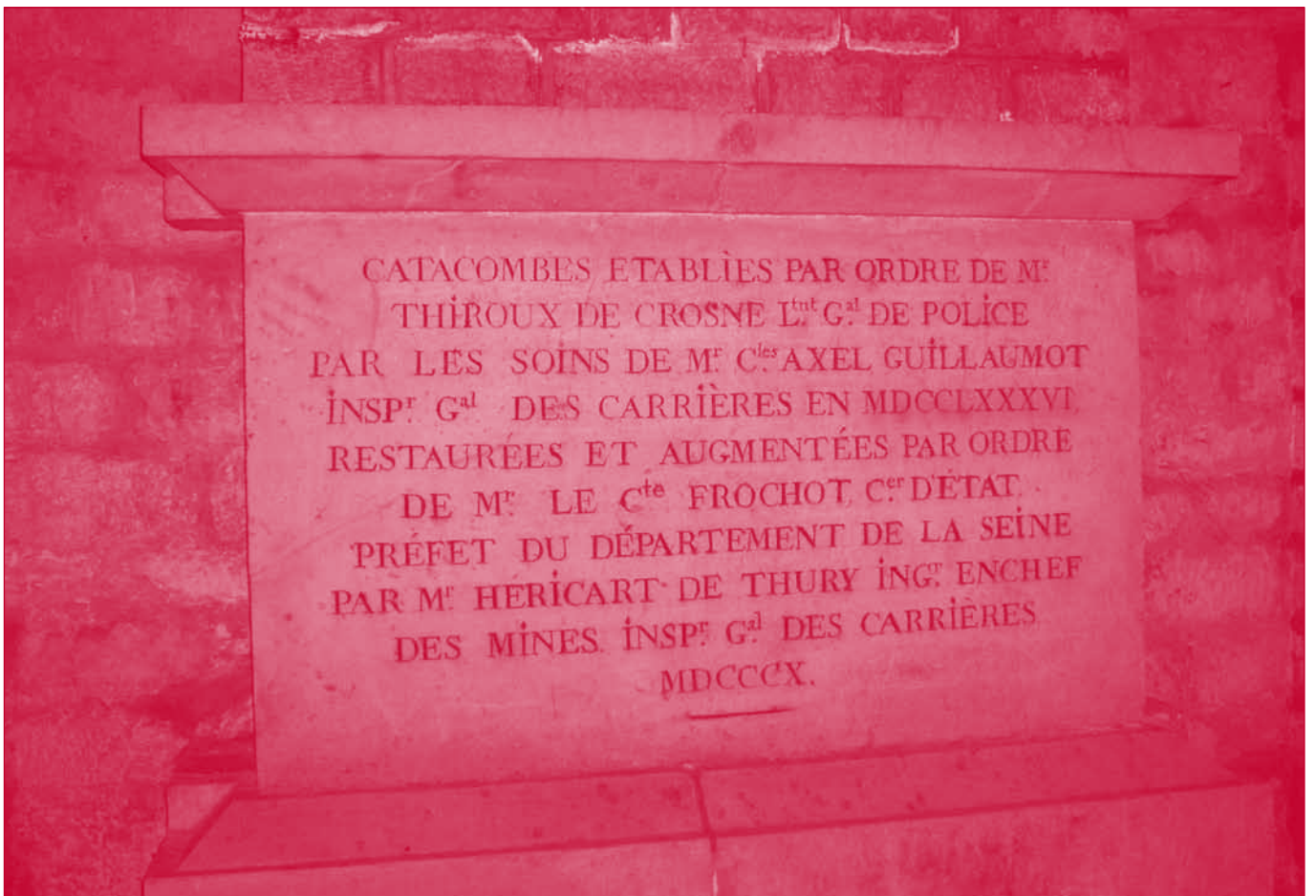
–¡Y yo también! (...) Yo mañana tenía que comer raviolis, ¿entiende, señora? ¡Ra-

¹¹ *Ibid.*, p. 48.

¹² D. BUZZATI, “De hidrógeno”. En: *Sesenta relatos*, ed. cit. p. 313–319.



Al contrario de lo escrito en el dintel de la puerta de entrada en las catacumbas de París el lector no debe detenerse, por más que éste sea el imperio de la muerte



Sic transit gloria mundi. Quienes hicieron esculpir sus nombres en este almacén de osamentas son hoy también ceniza.



Los pintores representan a los anacoretas del pasado reflexionando a la vista de un cráneo humano. Hoy hay que bajar a las profundidades para encontrar estos detonantes de la reflexión.



Las mudas obras de los muertos se alzan admonitorias: memento mori.

violis! ¡Y me quedaré sin ellos!¹³.

Una vez más el genio de Buzzati se manifiesta en lo ínfimo. Pues si bien las explicaciones de las potenciales víctimas resultan risibles —en especial la que hace referencia a los raviolis—, son, por otra parte, inevitables, y en el fondo todos podemos comprenderlas y seguramente compartirlas. Pero lo cierto, en todo caso, es que residen en nuestro más acá. La naturaleza no las entiende ni puede entenderlas, y allá se le van los raviolis del uno, la casual presencia del otro y la más insoslayable necesidad que, como tantas veces ocurre, unos hijos en edad infantil puedan tener de un padre o de una madre. Aquí no hay blanco o negro posible: la cosa es así de ambigua, a la vez terrible y banal, según el punto de vista que se adopte. El problema son las consecuencias de esa adopción. Y en este caso el escritor pretende señalar la más negativa.

En efecto: de súbito se extiende el rumor de que la caja lleva escrita un nombre, una dirección particular. No es para todo el edificio. Y esta noticia desencadena un arrebato de júbilo: “parecían enloquecidos, se reían, se abrazaban y se besaban”. Pero a este júbilo inocente le sucede otro cuando identifican al beneficiario de la entrega, el protagonista:

La gente me miraba. Nunca vi rostros humanos alterados por una felicidad tan salvaje. Un hombre no pudo resistir y estalló en una carcajada (...) Comprendí. El cajón con el infierno dentro era

*para mí, un regalo exclusivo; sólo para mí. Y los demás se habían salvado*¹⁴.

¿Exageración? ¿Mero testimonio de una supuesta misantropía del escritor? No lo pensará quien haya vivido, y no haya resuelto olvidar, algunas reacciones muy humanas y muy comprensibles que se produjeron entre nosotros, los occidentales educados, demócratas y en algún caso cristianos, con motivo de la entrega de un paquete semejante, el sida, a comienzos de los años ochenta del pasado siglo. La experiencia no es tan lejana y debería provocarnos un sonrojo imborrable. También entonces muchos de los agraciados con la entrega debieron encerrarse sobre sí mismos como el protagonista, con la doble sensación de abandono que les suscitaba la inminencia de la muerte y la buena conciencia insolidaria de los que se quedaban esperando el cajón que antes o después habría de llevar su nombre:

*¿Qué otra cosa podía hacer? Retrocedí hacia mi casa. Los vecinos me miraban. ¡Con qué alegría me miraban! Abajo, los estertores tétricos del cajón, que lentamente subían por la escalera, se mezclaron con la música de un acordeón. Alguien tocaba La vie en rose*¹⁵.

¿Qué significa esto? ¿Que el ser humano es malo por naturaleza? Como acabo de afirmar creo que en Buzzati no puede encontrarse misantropía alguna, sino más bien todo lo contrario, y que sus escritos tienen por objetivo desvelar cuanto pueda ser evitado en nombre de lo más

humanamente valioso. Por eso no pasa por alto la raíz de esa conducta que acabamos de ver censurada en *De hidrógeno*. Haciendo uso de un método similar, que pretende poner ante nuestros ojos la inconsistencia, incluso la ridiculez de algunos de nuestros comportamientos, el escritor se ocupa de ello en *Equivalencia*¹⁶, donde un médico da a la esposa de un enfermo desahuciado la información sobre el pronóstico fatal en cinco circunstancias diferentes dependiendo de la edad. Además de exhibir un ejemplo de retórica médica aplicado a la comunicación de malas noticias, de nuevo nos lleva hasta el absurdo, hasta lo cómico, al mostrarnos cómo, en el último caso, la reacción de desesperación de la mujer se ve cortada por el reconocimiento de que el pronóstico fatal está realizado a cincuenta años vista. Pero en este caso el médico, como el propio escritor, no encuentra, en el fondo, motivo para la risa:

Exactamente, señora. Dentro de cincuenta años todos nosotros estaremos bajo tierra, por lo menos eso es lo más probable. Pero hay una diferencia, la diferencia que nos salva, a nosotros dos, y que sin embargo condena a su marido... Para nosotros dos, que se sepa, no hay nada establecido todavía... Nosotros podemos seguir viviendo, en una beatífica estulticia tal vez, como cuando teníamos diez o doce años. Nosotros podríamos morirnos dentro de una hora, dentro de diez días, dentro de un mes; no tiene importancia, es otra cosa. Él no. Para él la sentencia ya existe. La muerte, en

*sí misma, tal vez no sea algo tan horrible, a fin de cuentas. A todos nos llegará. Lo peor es saber, aunque sea dentro de un siglo, de dos siglos, el momento exacto en que se presentará*¹⁷.

O tal vez sí encuentra motivo para una cierta sonrisa, indulgente y triste. Pues en una perspectiva que bien podría calificarse de estoica resulta enternecedora esa ignorancia forzada; enternecedora salvando produce efectos tan indeseables como los descritos en el relato precedente.

He escrito “ignorancia forzada”, pues creo que en efecto lo es. Todos tenemos a nuestra disposición unas gafas para contemplar la realidad de la vida humana sin excluir de ella el destino común a todos. Si las queremos elegantes podemos llamarlas filosofía o religión, pero las hay también más baratas, esas que encontramos en el bazar del sentido común y que permiten con-

¹³ *Ibid.*, p. 317.

¹⁴ *Ibid.*, p. 319.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ D. BUZZATI, *Las noches difíciles*. Madrid, Argos Vergara, 1971, pp. 27–31.

¹⁷ *Ibid.*, p. 31.



Dino Buzzati en su estudio.

templar con nitidez la “ley de vida” a que antes hacía mención. Buzzati también se ha ocupado de estas gafas, unas gafas adquiridas a un anticuario oriental que permiten descubrir a los protagonistas de otro de sus cuentos, *Los viejos clandestinos*¹⁸. El propietario de esas gafas explica su secreto al narrador: permiten descubrir la próxima muerte de alguien haciéndole aparecer como un anciano decrepito. Desde este punto de vista la vejez se convierte en algo relativo, pues el modo de pensar común, basado en una experiencia que, en el fondo, es casi solamente estadística, conduce a creer que,

salvo accidente, se muere cuando se ha envejecido, y de este modo sólo cuando uno se siente viejo debe empezar a pensar en la muerte. Pero la realidad — la no estadística— muestra otra cosa a quien se decide a usar semejantes gafas: *¿Te has preguntado alguna vez qué significa la vejez? Vejez es la última estación de la vida, ¿no es así?, la que viene antes de la muerte, la antecámara del tránsito (...) Por lo tanto la edad, estrictamente hablando, carece de importancia. Un soldado de veinte años, que parte hacia el frente, en el que encontrará la muerte, sólo es joven aparentemente; en realidad es ya viejísimo, está acabado, des-*

*truido. Igualmente es un viejo decrepito, a los veintiocho días, el recién nacido que no va a vivir más que un mes. Todo lo demás es sólo ilusoria apariencia. Y es increíble cuán pocos lo piensan. Viejísimo es el automovilista treintañero que dentro de una hora se estrellará contra un árbol, viejísimo el cincuentón que mañana será fulminado por una apoplejía, viejísimo el chiquillo que dentro de una semana será aplastado por un camión. Y despega cargado de achacosos matusalenes el cuatrimestor que se caerá en el océano. Pero todos ellos son viejos clandestinos, invisibles, indescifrables, inconscientes*¹⁹. Con o sin gafas, empero,

resulta difícil salir impoluto de la agitación del cielo que, en nuestro fondo más olvidado, producen la enfermedad y el temor a la muerte. Tampoco el paciente se ve libre de las

¹⁸ D. BUZZATI, “Los viejos clandestinos” en: *Las noches difíciles*, ed. cit. pp. 175–180.
¹⁹ *Ibid.*, pp. 177–178.

mezquindades que Buzzati denunciaba en *De hidrógeno*, y para hacer justicia a esta otra parcela de la realidad escribe *Icaro*²⁰. En esta narración el protagonista es un escritor enfermo, una especie de sosias del propio Buzzati, impresión que se ve acentuada por el uso de la primera persona, que ingresa en una clínica para someterse a una intervención quirúrgica que sospecha inútil para salvar su vida, aunque todo el mundo le engaña sobre este asunto. A este respecto no nos escatima una de sus ácidas observaciones que en ocasiones habría que tener presente:

*“Extraño tribunal, no hay duda, ya que a menudo la sentencia de completa abolición precede al patíbulo”*²¹.

Mientras espera el día de la operación llega a su conocimiento la noticia de que un asteroide denominado Ícaro podría estrellarse contra la superficie de la tierra provocando un cataclismo, tal vez incluso la extinción de la vida humana. Simultáneamente uno de los médicos le pide que lea unos poemas que ha escrito y que le de su opinión, en la esperanza de que será favorable y tal vez podría abrirle el paso hacia el éxito literario. Ni que decir tiene que el paciente deja pasar los días sin encontrar el momento de interesarse por los conatos del aficionado. Tiene algo que ocupa su pensamiento: probablemente va a morir. Y además, la noticia, cada vez más amenazadora, de la proximidad de Ícaro le lleva por otros derroteros:

Confieso que la noticia, en la tétrica disposición de ánimo en que me hallo durante estos días, me proporcionó un inmenso consuelo. Lo peor, cuando uno se muere, es irse solo. Si nos vamos todos juntos y aquí no se queda nadie, no quiero decir que sea una fiesta, pero casi. ¿Qué miedo se puede tener si la suerte es igual para todos?

*Y luego –será egoísmo, mezquindad de ánimo, lo que se quiera–, qué gusto ver abolida de golpe la escandalosa superioridad de quien tiene el único mérito de haber nacido un poco más tarde (...) Qué sacrosanta ducha de agua fría para tantos jovenzuelos que ya se creen dueños y señores del mundo, de la inteligencia, de lo justo y de lo hermoso, y a los viejos nos miran como a escarabajos putrefactos como si ellos tuvieran que vivir eternamente, qué magnífica sorpresa, todos ellos embarcados en un abrir y cerrar de ojos en el mismo carruaje negro, y arrojados en picado a las cataratas de la nada*²².

El final de la narración vuelve a mostrarnos al crítico de lo humano que conocemos: mientras el escritor, en una arrebatada de júbilo provocado por la luz deslumbrante que arroja sobre la tierra el asteroide a punto de colisionar con ella, arroja al aire los papeles en los que están escritos los poemas del médico, este corre por la habitación recogidos como si aún hubiera futuro. Hay que comprenderlo: es un viejo clandestino, pero aún no ha sido capaz de reconocerlo.

Una consecuencia mortífera de la negación de la muerte

Esta ausencia de reconocimiento, esta negación de la propia condición mortal, puede tener consecuencias negativas más allá de lo individual. Una cultura que niega la muerte y que, como hemos visto, la asocia en un inútil exorcismo a la vejez, se comportará ante esta fase de la humana existencia de forma ambigua, cuando no puramente negativa. A pesar de los mensajes políticamente correctos de nuestras modernas democracias, que precisamente por serlo se ven obligadas a interesarse por una edad –la llamada “tercera”– que representa un extraordinario, y creciente, banco de votos electorales, todo el mundo sabe que la edad avanzada está muy lejos de representar un privilegio en nuestra sociedad. Ya en 1902 urdió el viejo Joseph Conrad, por no abandonar el dominio literario, la historia del piloto –*The End of the Tether*– que decía haber visto un fantasma para justificar el encanecimiento de sus cabellos y no perder así su puesto de trabajo, y desde entonces la situación no ha dejado de empeorar al menos desde el punto de vista axiológico, por más que algunas estrategias del Estado del Bienestar hayan, mejor o peor, intentado resolver algunos problemas en el orden de lo material; aunque quien esté al tanto de las críticas que sufre dicho modelo de sociedad seguramente estará preguntándose duran-

te cuanto tiempo más podrá seguir diciéndose esto. Lo que nadie puede sostener es que la senectud sea un valor no ya en alza, sino simplemente consolidado, en nuestra cultura. Improductivo desde el punto de vista del capitalismo, y además convertido en importuno *memento mori*, el viejo estorba, por más que aún dé vergüenza decirlo. Buzzati lo sabía hace más de cuarenta años, cuando escribió *Contestación global*²³. En este cuento los viejos se organizan para manifestarse contra la muerte, en un sano ejercicio de democracia asamblearia y en el marco del estilo de pensamiento ya descrito en relación con este asunto. Y en ese mundo de la ficción en el que todo resulta posible, la muerte, como un viejo dictador sin fuerzas, acepta su derrota. Un moralista dieciochesco se esforzaría en mostrar la insostenibilidad de este supuesto triunfo de la humanidad con razones demográficas –no quedaría sitio en el mundo para más gente– o psicológicas –lo absurdo de un tiempo que no concluye nunca–. Buzzati, europeo de posguerra, no puede ser tan optimista.

²⁰ D. BUZZATI, “Icaro”, en: *Las noches difíciles*, ed. cit. p. 141–148.

²¹ *Ibid.*, p. 142.

²² *Ibid.*, pp. 144–145.

²³ BUZZATI, D. “Contestación global”, en: *Las noches difíciles*, ed. cit. pp. 45–50.



Portada con ilustración de Dino Buzzati

Según él, lo que determina el definitivo triunfo de la muerte es la inquina de los más jóvenes. Y no son los iletrados, sino los universitarios quienes se mani-

fiestan en esta ocasión para exigir sus derechos, su protagonismo, que los viejos se retiren del escenario. Con ello ponen de relieve el egoísmo de los que no

están dispuestos a ceder, a perder, a irse, pero también el suyo propio. Desde el punto de vista moral no es fácil saber quienes son, en este caso, “los buenos”:

Con angustiosa envidia miraba a los cuerpos que estaban enfrente, malvados, duros, desaliñados, ávidos, barbudos, despiadados, ¡pero qué escandalosamente jóvenes! ¿Quién tenía razón?²⁴

Desde luego, ninguno de los dos grupos tiene razón, aunque el egoísmo de los viejos parece más ingenuo, menos radicalmente cruel que el de los jóvenes, “duros” y “desaliñados” pero, para los más mayores, también envidiablemente –“escandalosamente”– jóvenes. ¡Que profundamente coherentes son estas líneas con cuanto hemos visto anteriormente! Y qué oportuno el relato en estos tiempos, que Buzzati no ha podido conocer, que presencian el nacimiento de una nueva disciplina, la “*antiageing medicine*”, partiendo del axioma de que la vejez no es un estado natural, sino más bien una enfermedad²⁵.

Este hecho que acabo de señalar no hace, a mi parecer, más que conferir una vigencia extraordinaria a una pequeña gavilla de relatos cuyos protagonistas, casi sin excepción sujetos pacientes, son los viejos, y cuyo telón de fondo es sin excepción la muerte. Me referiré en primer lugar al titulado *La albon-*

²⁴ *Ibid.*, p. 49.

²⁵ Salomone, Mónica. “La vejez se puede detener”. *El País*, 4 de septiembre de 2008 (Publicado en la sección de Sociedad).

*diguilla*²⁶ a causa de profunda similitud de su tema con el del relato precedente; similitud temática, que no técnica, pues el que ahora nos ocupará representa una vuelta de tuerca –y una muy inquietante– al plantearse como caso individual, como vivencia íntima del hablante, un jubilado que vive junto con su familia –hijos y nietos–, que acaba de descubrir sobre su mesa un regalo de aspecto inequívocamente infantil: una especie de albondiguilla de chocolate torpemente envuelta en papel. Sin duda –piensa– es obra de sus nietecitos. Y ciertamente, llega a escuchar una conversación susurrada procedente del cuarto de éstos:

–No, no, era perfecta (...) Seguro que se la comerá. (...) –¡Qué lata! ¿No nos lo sacaremos nunca de encima?

–¡Uf! ¿Te diste cuenta ayer por la noche en la mesa cómo comía? Qué asco. Su dentadura postiza sencillamente me pone enfermo. (...)

–Ya no te pondrás enfermo. Está la albondiguilla (...) Cianuro.

–Vamos, abuelito, sé bueno! ¡Traga!

–¡Y revienta!²⁷.

Y nuestro protagonista se rinde, y se come la albondiguilla. Entristecido y decepcionado, suponemos, pero también, en su fuero interno, convencido y acorde con sus descendientes, cuya filosofía seguramente no difiere mucho de la que sirvió al abuelo para habitar el mundo “juvenil” de la posguerra. Sabiéndose, en suma, sujeto a una dura justicia poética y vaticinando el cumplimiento de la misma

en el caso de la generación más joven:

¿Cómo los perros?, pienso. ¿Ya no sirves para nada, verdad?, me digo. Estorbabas. Tu presencia ya se ha hecho superflua. Y molesta. (...) ¿Ya no me necesitáis, verdad? ¿Estáis seguros de vosotros mismos? ¿El futuro os ha abierto sus puertas? ¿Hermosa juventud, verdad? La piel fresca, la sonrisa fresca, el estómago que no existe, el hígado que no existe. ¿Qué hace este vejstorio todavía aquí? ¿Qué más quiere? ¿No le da vergüenza? Son fuertes, enérgicos, carecen de dudas (...). Adiós, chicos, he comprendido. Me iré sin hacer ruido. Encantadores sois, os parecéis condenadamente a un tipo que existió hace muchos años; y que llevaba mi nombre.

(Por suerte no lo sabéis. Ni lo sospecháis. Pobres hijitos míos. No tendréis mucho tiempo para reiros. Dentro de un siglo, o de un año, o de un mes. O dentro de un día. O dentro de una hora. Dentro de un minuto, o todavía menos, estaréis exactamente como yo. Viejos. Jubilados. Arrugados, ¡para tirar a la basura!)²⁸.

Sobre este mismo tema versa *El Entrümpelung*²⁹. Este relato representa un paso más en el camino, al parecer sin retorno, de negación de la vejez; y, si mi hipótesis es cierta, de negación neurótica de la muerte, pues lo que se pretende es borrar toda imagen que nos la haga presente. No es ninguna casualidad el hecho de que esta narración forme parte de una pequeña colección titulada *Viaje a los infiernos del siglo*. En este caso la aniquilación de los viejos constituye una

costumbre, y una costumbre festiva, de la joven y emprendedora sociedad retratada en el cuento. La *Entrümpelung*, sustantivo alemán –¿por qué será?– derivado del verbo *entrümpeln*, que significa sacar los trastos de un desván, es una fiesta anual, muy parecida a algunas que se celebran en distintos lugares de Europa, en el curso de la cual las familias se deshacen de los trastos inútiles tirándolos a la calle. En este caso el narrador, que incluso dentro del relato se llama Buzzati, obviamente desconocedor de la costumbre, es aleccionado por una simpática anciana:

En estos días los viejos son extraordinariamente amables, pacientes y serviciales. ¿Y sabe por qué? (...) El día de la *Entrümpelung* (...) las familias tienen el derecho, mejor dicho, el deber de deshacerse de los pesos inútiles. Por esta razón los viejos son arrojados de las casas con la porquería y la chatarra³⁰.

Preguntada sobre si no siente miedo por sí misma, la mujer responde que no, entre risas. Apenas debería extrañarnos, ya que sabemos que, en situaciones históricas de *Entrümpelung* –el holocausto judío, sin ir más lejos–, la actitud de negación –la misma que ante la muerte en cualquier otra circunstancia– suele llevar al ser humano a pensar que esos nefandos sucesos sólo alcanzan a los otros. Luego “Buzzati” presencia cómo, al escuchar los lamentos que brotan de un saco arrojado entre un montón de muebles viejos, un joven le propina una patada y una mujer le arroja un cubo de agua al tiem-

po que cubre de denuestos a su prisionero: “Has disfrutado de la vida, ¿no? ¿Qué más quieres? ¡Toma esto!”³¹.

Como cabía esperar, la informante de “Buzzati” es arrastrada a su vez, al final del relato, “escaleras abajo, dejando que chocase de mala manera contra los peldaños, con un desagradable ruido de huesos”³², y sólo después sus familiares pueden sentarse tranquilamente a la mesa.

Sin contar con el patrocinio de las instituciones, pero también sin que intervengan para impedirlo, la práctica de higiene social consistente en eliminar a los que, además de improductivos³³, son la imagen viviente de la caducidad, es el tema de la narración titulada *Cazadores de viejos*³⁴. En esta historia, bandas de jóvenes se aprovechan de la oscuridad para, en lugares poco frecuentados, eliminar a los viejos –de hecho, a los que

²⁶ BUZZATI, D. “La albondiguilla”. En: *Las noches difíciles*, ed. cit., pp. 101–105.

²⁷ *Ibid.*, 103–104

²⁸ *Ibid.*, pp. 104–105

²⁹ D. BUZZATI, “El Entrümpelung”, en: *El colombre*. Barcelona, Acanalado, 2008, p. 362–369.

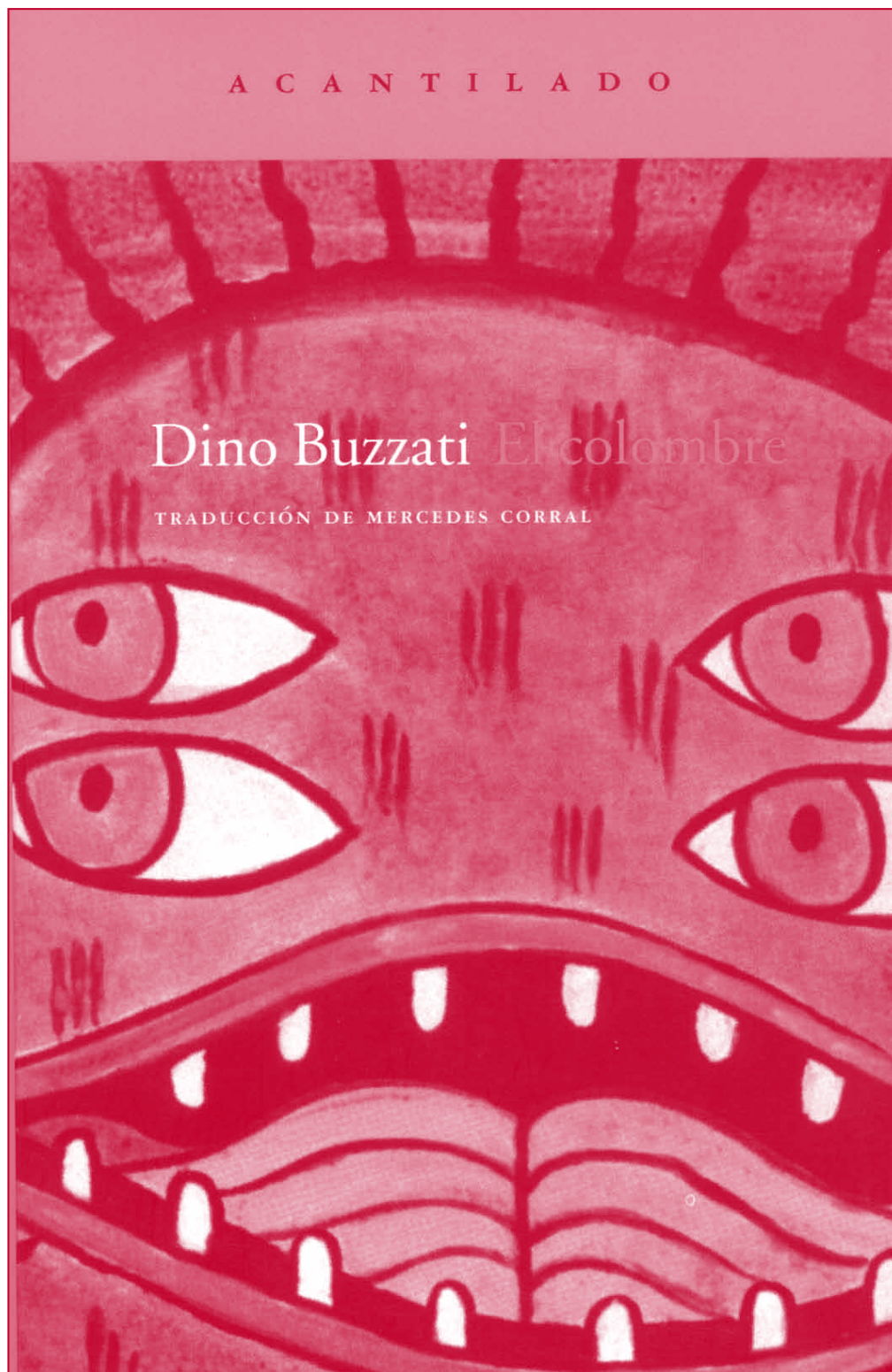
³⁰ *Ibid.*, p. 363.

³¹ *Ibid.*, p. 365.

³² *Ibid.*, p. 368.

³³ Este tema aparece también sugerido en *Contestación global* y en *El Entrümpelung*.

³⁴ D. BUZZATI, “Cazadores de viejos”, en: *El colombre*, ed. cit. pp. 129–136.



Portada con ilustración de Dino Buzzati

no son ya jóvenes— en medio de salvajes cacerías. En este nuevo formato el tema introduce, al menos entre líneas, un factor nuevo, cual es el odio y la envidia de los que aún no han llegado hacia los que ya po-

seen algo: dinero, un coche, una mujer, poder...; pero el halalí de estos cazadores: “¡Dale! ¡Dale al viejo!”³⁵, permite comprender que, en el fondo, el fantasma que ante todo se pretende exorcizar es el de la

vejez. Y desde luego es en esta línea en la que Buzzati pretende situarnos cuando señala:
¡El problema de los jóvenes! (...) Los periódicos, la radio, la televisión, las películas lo habían fomentado. Se hala-

gaba a los jóvenes, se les compadecía, se les adulaba, se les exaltaba, se les animaba a imponerse en el mundo fuera como fuera. Los mismos viejos, asustados por este vasto arrebatado de los ánimos, participaban en ello, para buscarse una coartada, para hacer saber — aunque no les servía de nada— que ellos tenían cincuenta o sesenta años, sí, pero seguían teniendo un espíritu joven (...) “La edad es un crimen”, éste era su eslogan³⁶.

Llegados a este punto no puedo evitar la comparación, que se me impone, entre la idea que parece estar en la base del pensamiento de Buzzati en esta serie de relatos y la tesis sostenida por Carl Amery al estudiar el fenómeno nazi:

—Que el Tercer Reich formaba parte de una tendencia evolutiva que surge como tarde con la secularización, la industrialización y el auge del “factor productivo ciencia” (...).

—Que esta tétrica lógica aportó mucho a la capacidad de imposición de las ideas nazis, puesto que desde hacía generaciones la crítica de la civilización (...) había pasado de esgrimir argumentos y estados de ánimo romántico —conservadores a posturas propias del biologismo y del socialdarwinismo, o al menos se vio reforzada por éstos.

³⁵ *Ibid.*, p. 129.

³⁶ *Ibid.*, pp. 130.

—Que sería una ingenuidad imperdonable suponer que las próximas décadas y generaciones no pudieran revivir dicho programa, purgado de su craso diletantismo y revestido de un brillo y vocabulario científicos³⁷.

Biologismo y socialdarwinismo: sólo algunas almas cándidas sostendrán todavía que ambos estilos de pensamiento no campan por sus respetos en las sociedades occidentales. No quiero decir que no convivan con otros estilos, pero todos sabemos quiénes llevan las de ganar, y si aún no lo han hecho de forma definitiva es gracias a esas otras maneras de concebir al ser humano que aún persisten y de las que la narrativa del viejo, querido y admirado Dino Buzzati constituye una manifestación egregia. Por eso no se detiene en la advertencia, sino que propone respuestas que distan de ser nuevas, aunque puedan parecer intempestivas. Ya Camus sostuvo en su *Calígula* que una de las razones para dar la muerte a otros es la enloquecida pretensión de sentirse tan fuerte como la muerte misma, a la que se odia y se teme por encima de toda consideración: ya que no puedo negarte —piensa el Calígula camusiano— al menos me situaré a tu nivel. Ya que no puedo negarte, responde Buzzati, me situaré a tu nivel de otro modo, más humano, pues no afirma la muerte, sino la vida: mirándote a los ojos. Es lo que hace Giovanni Drogo, la más radical antítesis de Calígula pues, como él, se mueve en un mundo esencialmente absurdo, repre-

sentado en este caso por la fortaleza Bastiani en la margen del Desierto de los tártaros.

Destinado a esta construcción defensiva frente a la amenaza de un invasor mítico —pues nadie recuerda cuándo aparecieron por última vez los tártaros— Giovanni Drogo espera justificar su existencia conjurando ese peligro; pero lo años pasan y nada sucede. Cuando, por fin, algo parece moverse en el horizonte, el entonces comandante de la fortaleza es relevado en razón de su edad y su precaria salud. Su existencia, pues, ha sido absurda, inútil. Sólo queda morir como los viejos objeto de la *Entrümpelung*, o el abuelo de *La albondiguilla*, o las piezas de caza de las oscuras ciudades de Occidente. O bien solo, prescindible, inútil, en la habitación de una posada en el camino hacia la ciudad donde nadie le espera. La habitación en la que el destino ha guardado para él una última oportunidad pues en ella, al caer la tarde, se siente morir:

Todo ocurrirá en la estancia de una desconocida posada, a la luz de una vela, en la más desnuda soledad (...) Oh, es una batalla mucho más dura que la que esperaba antaño (...) Porque puede ser hermoso morir al aire libre, en el furor de la refriega, con el cuerpo aún joven y sano, entre triunfales ecos de trompeta (...) Pero nada más difícil que morir en tierra extraña y desconocida, en el ambiguo lecho de una posada, viejo y afeado, sin dejar a nadie en el mundo (...) Armándose de fuerza, Giovanni endereza un poco el busto, se ajusta con una mano el cuello del uniforme,

echa aún un vistazo al exterior de la ventana, una brevísima mirada, para su última porción de estrellas. Después, en la oscuridad, aunque nadie lo vea, sonrío³⁸.

Epílogo: el duelo

No; Buzzati no se detiene en la denuncia. Explica también lo que considera valioso. Y entre las cosas que lo son se cuenta también la mirada franca a la muerte de los otros. En lugar de negarla, y a la vejez, y a todo lo que nos parece una amenaza, con ella, tenerla presente. Giovanni Drogo hace el duelo de su vida dilapidada en los escasos momentos que le quedan en la posada, y Buzzati, de nuevo con su propio nombre, lo hace por sus amigos en *Los montículos del jardín*³⁹. En el relato que lleva este título el narrador tropieza una noche con un montículo que antes no estaba en su jardín. Al preguntar al día siguiente a su jardinero si es que ha realizado algún trabajo en ese lugar, éste le responde que se trata del *memento mori* de uno de sus amigos, explicándole que cada vez que muere alguien que nos es próximo deja un montículo en el jardín.

Y ahora, por favor, no vayan a decirme: “¿por qué habla usted de estas horribles tristezas? La vida ya es bastante breve y difícil de por sí como para que usted nos aflija deliberadamente; a fin de cuentas, esas tristezas sólo le atañen a usted”. Porque yo entonces les responderé: “No, por desgracia también les atañen a ustedes. Estaría muy bien, lo sé, que no les atañeran, pero esta historia de los montículos en el césped le sucede a todo el mundo, cada uno de nosotros es propietario de un jar-

dín donde se producen estos dolorosos fenómenos. Es una antigua historia que se repite desde el principio de los tiempos y se repetirá para ustedes también. Y no es una broma literaria, las cosas son así⁴⁰.

“No es una broma literaria”, como no lo es este artículo, este homenaje agradecido al maestro Buzzati; “las cosas son así”, por más que muchos prefieran no verlo. Y la sociedad estará un poco más enferma, y la medicina será un poco más inhumana —es decir, peor en la pura práctica— mientras se desvíe la mirada de estas cosas. Por esto me da vergüenza intentar responder con argumentos de leguleyo a la pregunta acerca de “para qué medicina y literatura”, y me limito a traer a un escenario que originalmente no es el suyo a esas voces que se defienden solas. Y ahora me retiro al silencio, con los bultos de mi jardín, entre los que se cuenta, como él deseaba, el de Dino Buzzati⁴¹.

³⁷ C. AMERY, *Auschwitz ¿comienza el siglo XXI? Hitler como precursor*, Madrid/México, Turner/Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 14–15.

³⁸ D. BUZZATI, *El desierto de los tártaros*, Madrid, Alianza Editorial, 1976, pp. 215–217.

³⁹ D. BUZZATI, “Los montículos del jardín”, en: *El colombre*, ed. cit., pp. 277–282.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 281.

⁴¹ “Puede ser que, por culpa de mi condenado carácter, muera solo como un perro en el fondo de un viejo corredor desierto. Y sin embargo, esa noche, una persona se tropezará con el montículo surgido en el jardín, y volverá a tropezarse a las noche siguiente, y cada vez pensará con una pizca de nostalgia, déjenme que me haga ilusiones, en un tipo que se llamaba Dino Buzzati”. *Ibid.*, 281–282.

NOTICIAS MEDICINA & HISTORIA

BIBLIOTECA

Relación de obras ingresadas

BERTRAN Y RUBIO, E. Discurso leído en la Universidad Central... [¿Cuál es la educación física y moral de la mujer, más conforme a los grandes destinos que le ha confiado la Providencia?]. Madrid, Ducazcal, 1863.

CANIVELL, F. *Tratado de las heridas de armas de fuego*. Cádiz, Ximenez Carreño, 1789

CORRAL Y OÑA, T. de. Discurso... [Filosofía práctica del siglo XIX]. Madrid, Delgrás, 1851

CORRESPONDENCIA LITERARIO MEDICA. Periódico trimestre de Medicina... de Vicente Mitjavila y Finosell. Barcelona, 1804, II (junio-agosto)

FABREGAT, C. *Discurso médico-práctico sobre el modo de revocar a sus sentidos a los Ahogados, Ahorcados, Elados...* Valencia, Burguete, 1775

GACETA MEDICA DE CATALUÑA, Barcelona, 1878 (1) – 1879 (60)

NIETO DE PIÑA, C. *Discurso médico de las señales que dis-*

tinguen al Hombre verdadero Ahogado del Sumergido ... Sevilla, Regia Médica Sociedad, 1776

PEDRALBES, J. F. *Influjo de costumbres en el estudio y práctica de la Medicina*. Oración inaugural... Santiago, Moldes, 1819

PICAS Y SOLER, W. Discurso ... [Algunas consideraciones sobre el modo de estudiar la literatura médica]. Barcelona, T. Gorchs, 1861

RANCÉ, J. *Oración inaugural para la apertura de estudios celebrada en el Real Colegio de Cirugía de Barcelona el día 8 de Octubre de 1770*. Barcelona, Altés, 1770

RIBERA Y ARAVITG, F. J. *El médico y cirujano de valde, o prontuario del arte de curar*. Barcelona, T. Gaspar, 1838

SINIBALDI, J. *Parva methodus medendi, sive animadvertiones practicae*. Zaragoza, F. Moreno, ca 1710

[WEIKARD, M. A.] *Práctica de las enfermedades locales o elementos de medicina clínica fundada en la experiencia y en la doctrina browniana*. Traducida del italiano por Vicente Mitjavila y Finosell. Opúscu-

lo XIII. Barcelona, Brusi y Ferrer, (s.a.) [ca 1804]

WINSLOW, J. B. *Exposition anatomique de la structure du corps humain. Nouvelle édition*. Paris, veuve Savoye, 1766; T. I-III, 4 vols.

RECENSIONES

BELAÚSTEGUI FERNÁNDEZ, A. *Pedro Virgili i Bellver Cirujano Mayor del Ejército y de la Armada*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2010; 231 p. ils. ISBN.: 978-84-9781-571-0. Colección “La lucha contra el olvido”, V.



Cuando ya parecía prácticamente imposible la aparición de una nueva biografía del fundador de la moderna cirugía española, Pedro Vir-

gili, tras las sucesivas obras de Luis Comenge, Manuel Usandizaga, Diego Ferrer y, últimamente, de Rafael Albiol junto a un gran número de artículos que a lo largo de los años fueron aportando alguna que otra noticia complementaria, el Ministerio de Defensa acaba de publicar esta sorprendente biografía de nuestro gran cirujano del siglo de las luces, obra de Alejandro Belaústegui, ayudante de investigación del C.S.I.C. En ella junto a noticias ya conocidas sobre su trayectoria docente y profesional, aporta como fruto de una nueva revisión de fondos archivísticos, aquello que podía faltar en las ya clásicas biografías de Pedro Virgili. Una escogida iconografía acompaña el texto, buena parte de ella original, entre la que cabe destacar la reproducción del “Privilegio de Nobleza y Fuero de Hijosdalgo” otorgado por Fernando VI en Buen Retiro 1754 y conservado en la Biblioteca del Dr. Josep M^a. Vi-larrasa i Coch, de Barcelona.